

Epifanía del Señor - Bautismo del Señor

Isaías 42, 1-7; Hechos de los apóstoles 10, 34-38; Mateo 3, 13-17

«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto»

6-9 Enero 2011 P. Carlos Padilla Esteban

“**DÓNDE ESTÁ EL REY DE LOS JUDÍOS QUE HA NACIDO? PORQUE HEMOS VISTO SALIR SU ESTRELLA Y VENIMOS A ADORARLO**”

Dicen que se alegra más el corazón al dar que al recibir regalos. Dicen que da más paz y alegría desprenderse de lo que uno tiene, que almacenar cosas en esta vida. Dicen que cuesta más recibir con gratitud y alegría, porque nos cuesta dejarnos querer. Y porque nos cuesta creer que alguien pueda regalar sin esperar nada a cambio. Pensaba en todo ello ahora que hemos vivido la fiesta de los Reyes Magos. Y creo que vivir una fiesta así nos tiene que educar para la vida. Tenemos mucho que aprender de los Reyes Magos. Porque nos cuesta descentrarnos y pensar en los demás. Nos cuesta volcarnos sobre el mundo y amar al que está cerca de nosotros. Por eso es importante cultivar una primera actitud en la vida: “*Llevaré un regalo a cualquier lugar a donde vaya y para cualquier persona con quien me encuentre. Ese regalo puede ser un elogio, una flor o una oración, los dones máspreciados de la vida: cariño, afecto, aprecio y amor. Hoy les daré algo a todas las personas con quienes me encuentre¹*”. Muchas veces, al regalar, pensamos más en nosotros, en quedar bien, en ser elogiados por nuestra generosidad, que en el bien que el regalo le puede hacer al otro. Pensamos más en lo que nos agrada que en lo que le pueda agradar al que tenemos en frente. ¡Qué importante es aprender a regalar bien, con generosidad, con un corazón desprendido! Hace poco me decía una persona: “*Siempre me gusta regalar algo lo que a mí más me gusta, no lo que me gusta menos*”. **Si tuviéramos siempre esta actitud en la vida muchas cosas cambiarían y sembraríamos más paz a nuestro alrededor.**

No obstante, a veces es más difícil recibir que regalar: “*Recibiré con gratitud todos los regalos que la vida me dé. Estaré abierto a recibir de los demás, ya sea un regalo material, un elogio o una oración*”². Por un lado nos cuesta dejarnos querer, nos incomodan los elogios y le quitamos importancia a nuestras grandes obras y talentos. Nos cuesta que nos alaben, aunque lo buscamos con insistencia y no sabemos agradecer. Nos falta humildad para recibir con alegría lo que nos entregan de forma gratuita. Por otro lado, nos cuesta aceptar los regalos porque nos creemos con derecho a ellos. Pensamos que merecemos todo lo que tenemos y por eso no somos agradecidos. Tenemos derecho a la vida, a la salud, a los bienes, a tener una familia. Vivimos llenos de derechos que nos quitan la paz cuando se ven frustrados tantas veces. Por eso a veces no somos agradecidos, porque nos molesta que no nos den todo aquello que creemos merecer. Nos sentimos insatisfechos con los regalos recibidos, porque no nos gusta mucho lo que nos regalan. Valoramos más el valor del objeto que el cariño del que nos lo entrega. Somos inconformistas y nos molesta recibir menos de lo que merecemos. **Si supiéramos agradecer todo cambiaría.**

Hemos celebrado la fiesta de LOS TRES REYES MAGOS. Es interesante recorrer el camino de sus vidas. Ellos SE PUSIERON EN CAMINO y dejaron su seguridad para encontrar al Rey de reyes. Dejaron sus comodidades y su tierra, dejaron todo para salir a buscar al

¹ Deepak Chopra, “Las Siete Leyes Espirituales del Éxito”

² Ibídem

que iba a colmar todos sus anhelos. Se descentraron, dejaron de pensar en ellos y en sus necesidades y buscaron a un Rey al que querían adorar. Nuestro problema es que normalmente estamos centrados en nuestros deseos, en lo que nos interesa, en nuestras preocupaciones. Somos idólatras, porque como dice **Raniero Cantalamessa**: “*En el fondo de toda idolatría está la autolatría, el culto de sí mismo, el amor propio, el ponerse a sí mismo en el centro y en el primer lugar del universo, sacrificando todo lo demás a eso. Hacer servir incluso el bien y el servicio que prestamos a Dios, para el propio éxito y la propia afirmación personal*”³. Lo difícil en la vida es ponerse en un segundo plano. Siempre pretendemos estar en el centro, buscamos que nos quieran y nos regalen. Casi queremos que los mismos Reyes Magos vengan a adorarnos. Nos cuesta cambiar la perspectiva porque, incluso cuando hacemos cosas por Dios, cuando somos generosos y desinteresados, puede que nos estemos buscando a nosotros mismos. La autolatría es la forma común de idolatría en la que caemos. Ponemos en primer plano nuestros intereses y lo que nos inquieta. **Somos el centro del universo y el mismo Dios es el que tiene que volcarse con nosotros.**

Los Reyes Magos BUSCARON SEÑALES QUE LES MOSTRARAN EL SENTIDO de sus vidas: “*Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño*”. La estrella y las palabras del Rey les ayudaron a seguir buscando. Dios nos habla en nuestra vida de formas muy diferentes. Lo malo es que, con frecuencia, no somos capaces de descifrar sus voces. Una estrella, una conversación, unas palabras, un acontecimiento. Dios nos habla en el alma y en la vida, en nuestro corazón y en el corazón de otros. Dios se manifiesta en sueños y en la vida cotidiana. Saber leer a Dios exige una sabiduría de la que carecemos con frecuencia. Es la sabiduría que quisiéramos para la vida, para saber encontrar el camino hacia el Señor. Ellos dejaron lo que les ataba y siguieron la estrella. **¿Qué señales buscamos en nuestro camino? ¿Dónde nos habla Dios?**

El SENTIDO ÚLTIMO DE NUESTRA VIDA ES LA ADORACIÓN: “*Cayendo de rodillas lo adoraron*”. Ellos se postraron, siendo reyes, ante un niño recién nacido. Hace falta mucha humildad para inclinar la cabeza y reconocer a Dios en un establo. Mucha humildad para asombrarse ante la luz que pasa desapercibida para muchos. Hace falta no haber perdido la capacidad para el asombro, para no dar las cosas por evidentes, para buscar sorpresas entre las piedras. Cuando nos creemos en posesión de la vida y dueños del destino, no nos dejamos sorprender por nada, como si hubiéramos madurado demasiado rápido. Adorar pasa por reconocernos pequeños y frágiles, necesitados y menesterosos. Los reyes eran poderosos y, sin embargo, necesitaban encontrar a aquél Rey que sostuviera sus vidas. Buscaban el asombro y no podían vivir sin buscar luz en las sombras. Cuando perdemos la capacidad para asombrarnos no vivimos la vida, sin embargo “*cuan do uno se da cuenta de que existe, pudiendo no haber existido, experimenta una sorpresa y ésta le conduce a amar la vida y a gozar intensamente de ella, a convertir su estar en el mundo en un proyecto*”⁴. **El asombro de los Reyes ante un Niño que es Rey implica un cambio total de sus vidas.**

Tres son los Reyes Magos y TRES SON LOS REGALOS QUE PRESENTAN AL NIÑO DIOS: **ORO, INCIENSO Y MIRRA. Dice San Agustín:** “*Se le ofrece el oro como a un gran rey, se quema el incienso en su presencia como delante de Dios, y se le ofrece la mirra como a aquél que había de morir por la salvación de todos*”. Hablamos de los tres grandes regalos de este día. Regalos que tenemos que hacerle a Dios nosotros mismos. Por eso dice **S. Gregorio**: “*Ofreceremos, pues, oro a este nuevo rey, si resplandecemos delante de él con la luz de la sabiduría; el incienso, si por medio de la oración con nuestras oraciones exhalamos en su presencia olor fragante; y mirra si con la abstinencia mortificamos los apetitos de la sensualidad*”. **El oro** nos habla de la pureza,

³ Raniero Cantalamessa, “La vida en el Señorío de Cristo”, 56

⁴ Francesc Torralba, “Inteligencia espiritual”, 110

de lo más valioso que hay en el corazón del hombre. Hace referencia a la realeza de Jesús. Cuando entregamos oro estamos entregando la belleza de nuestra vida. Se la entregamos a Dios, se la entregamos a los que nos rodean. Pero más aún, estamos reconociendo la dignidad de aquel al que se lo entregamos, porque, al regalarle el oro, lo estamos tratando como a un rey. Estamos viendo el valor de la persona a la que le regalamos el oro. *¿Qué oro entregamos a las personas que están a nuestro alrededor? ¿Dignificamos a las personas con las que vivimos? ¿Valoramos lo que hacen y son? ¿Las tratamos conforme a su dignidad?* El oro que entregamos es nuestra actitud positiva y alegre con los demás. El oro son también nuestros talentos, nuestro buen humor, nuestros mejores momentos del día, nuestra paz. El oro muchas veces no es lo que damos a los que más queremos o a los que más nos necesitan. Dejamos el oro para todas las horas del día que pasamos fuera de casa. **Al volver casi no nos queda oro. Lo mejor ya lo hemos dado.**

EL INCIENSO HACE REFERENCIA A ESA ORACIÓN que se eleva al cielo. El incienso es nuestra ofrenda, lo que cada día se eleva a Dios. El incienso es fundamental porque nos ayuda a vivir mirando a Dios y volcados hacia Él. Más aún, cuando quemamos incienso, acercamos a Dios a nuestra vida y somos capaces de reconocerlo en todo lo que nos ocurre. Descubrimos a Dios presente en los que nos rodean y vemos lo que nos quiere decir a través de cualquier persona. Todos somos mensajeros de Dios. Quemar incienso es propio del hijo que agradece, que reconoce su propia indignidad, y suplica misericordia. Hace falta humildad para mirar así la vida. Para arrodillarnos y dejar que el incienso de nuestra oración se eleve sobre nosotros. *¿Reconocemos a Dios en las personas más cercanas? ¿Vivimos ese espíritu de oración y de entrega a Dios?*

Por último, LA MIRRA, QUE NOS HABLA DE LA HUMANIDAD de Cristo. En la mirra simbolizamos nuestra renuncia a todo aquello que esclaviza nuestros sentidos. Con frecuencia los bienes nos atan en lugar de ser un camino hacia el cielo. Las cosas que anhelamos, las que recibimos como regalos, deberían ayudarnos a ser más generosos y libres. Sin embargo, a veces es al revés. Las cosas nos quitan la paz. Queremos poseer lo que otros tienen y, cuando lo poseemos, no nos da la alegría y tranquilidad que buscábamos. La mirra ofrecida al Señor quiere ser nuestro anhelo de aspirar a lo más alto, de vivir como ciudadanos del cielo. Decía el P. Kentenich: “*Si no nos esforzamos por adentrarnos y arraigarnos cada vez más profundamente en el aroma del mundo y de la atmósfera sobrenaturales, no podemos esperar que aquello peculiarmente irracional y sobrenatural que emana del verdadero sacerdote, del verdadero educador, cautive a nuestros seguidores*”⁵. Lo que atrae y cautiva a los que buscan el sentido de sus vidas, es la presencia de Dios hecha carne en nuestras vidas. Si vivimos anclados en Dios, como ciudadanos del cielo, conduciremos a muchos corazones hasta Dios. Sin embargo, hoy recordamos nuestra debilidad y nuestros apegos que nos desordenan. Queremos que la mirra que entregamos sea símbolo de esa renuncia la que nos libera. Anclarnos en Dios para liberarnos de la tierra. Hoy, como repetía el P. Kentenich: “*La palabra ha entrado en una crisis, ya no se cree más en la palabra. Sólo la palabra encarnada, la palabra que se ha hecho vida, que se ha hecho carne. Es vida que brota a borbotones y esa vida puede engendrar nueva vida*”⁶. Si nuestras palabras están en sintonía con nuestra vida seremos creíbles. Queremos que la Palabra se haga carne en nuestro corazón y así la vida despertará mucha vida en otros corazones. **Queremos pedir la gracia de echar raíces en el mundo de Dios.**

Por otro lado, LA MIRRA SIRVE PARA SANAR LAS HERIDAS de los hombres. Nuestra vida quiere mitigar los dolores de los que nos rodean. La mirra como medicina también cumplía esa función. No es fácil cuando nuestras palabras pueden llegar a herir y

⁵ H. King, “Textos pedagógicos”, J. Kentenich, 144

⁶ H. King, “Textos pedagógicos”, J. Kentenich, 143

nuestras acciones están faltas de amor. Queremos ser bálsamo para tantos corazones heridos. Queremos ser descanso para los que sufren. ***¿A quién sana nuestra vida?*** Normalmente no calmamos a los demás, ni damos paz, ni sanamos. Nuestras palabras no alivian y nuestros gestos no elevan. No dignificamos con nuestras vidas las vidas de los demás. No ayudamos a crecer a los que creen en nosotros. **Hoy pedimos esa gracia, que Dios nos utilice para sanar corazones rotos y vendar heridas.**

La sorpresa que trae consigo el encuentro con el Rey de reyes, LLEVA A LOS MAGOS A INICIAR UN NUEVO CAMINO: "Y habiendo recibido en sueños un oráculo, para que no volvieran a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino". El cambio de vida sucede cuando experimentamos el poder de un Dios que nos salva. Llegaron hasta allí siguiendo una estrella y buscando a un Rey que diera sentido a sus vidas. Al descubrir a Cristo, entienden que han de seguir un nuevo camino de vida. Ya no buscarán estrellas. Dios les hablará en el corazón y entenderán su lenguaje. Cuando nos encontramos con un Dios así, sólo queda buscarlo para vivir con Él. Así lo expresa el salmo: "*El Señor bendice a su pueblo con la paz. Hijos de Dios, aclamad al Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor, postraos ante el Señor en el atrio sagrado*". Ser capaces de postrarnos ante Dios es el sentido de todo lo que hacemos. Dejamos de ser idólatras y autólatras en el momento en que ponemos ante nosotros a Aquel que es poderoso y ante el cual sólo queda inclinar la cabeza y orar. A partir de ese momento hemos iniciado un camino diferente, el camino de la conversión. Este camino es el camino que nos hace vivir de forma diferente. Decía el P. Kentenich: "*No hay santificación alguna ni tampoco autoeducación alguna separada de Dios. Él tiene que cooperar. Pero Dios no actúa sin nosotros. Sin una vigorosa cooperación, que llamamos autoeducación, el hombre religiosamente formado de manera armónica es simplemente imposible*"⁷. Dios necesita nuestro sí para comenzar a actuar en nosotros. Necesitó el sí de los Magos para cambiar sus vidas de forma radical. "*Nada sin ti, nada sin nosotros*" le decimos a María en el Santuario. Sabemos que sólo no podemos, pero también sabemos que María nos necesita, necesita nuestro esfuerzo y nuestra entrega. Acostumbrados en la vida a que nos regalen las cosas, se nos olvida lo que valen las cosas. El crecimiento exige un esfuerzo. Ahora nos gustan las ofertas, el regalo recibido sin dar nada a cambio, el éxito que no exige un esfuerzo previo. **No se puede ganar sin sacrificio y la victoria en la vida se logra cuando nos hemos dejado la piel en el camino.**

LA PALABRA EPIFANÍA SIGNIFICA MANIFESTACIÓN, revelación del poder de Dios ante el hombre. Dios se revela para que el corazón del hombre pueda acoger su amor. Dios se hace presente cuando nuestro corazón no logra encontrarlo. La Iglesia celebra como epifanías tres eventos: su Epifanía ante los Magos de Oriente: Manifestación a los paganos. Su Epifanía del Bautismo del Señor: Manifestación a los judíos por medio de San Juan Bautista. Su Epifanía en las Bodas de Caná: Manifestación a Sus discípulos y comienzo de su vida pública por intercesión de su Madre María. Cristo manifiesta su poder y su grandeza a través de signos que hacen referencia a su Divinidad. **Cristo se revela en su humanidad para conducir al hombre a lo profundo del corazón de Dios.**

Después de haber celebrado la primera Epifanía, la fiesta de los Reyes Magos, celebramos hoy la segunda Epifanía: EL BAUTISMO DEL SEÑOR EN EL JORDÁN. Dios, con su voz, hace ver al pueblo quién es su Hijo. Se escuchó la voz del Señor entre los hombres. Esa voz poderosa de la que habla el salmo: "*La voz del Señor sobre las aguas, el Señor sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica. El Dios de la gloria ha tronado. En su templo un grito unánime: « ¡Gloria! » El Señor se sienta por encima del aguacero, el Señor se sienta como rey eterno*". Sal 28, la y 2. 3ac-4. y 9b-10. La voz de Dios resuena por encima del ruido del mundo para manifestar que el amor de Dios es

⁷ H. King, "Textos pedagógicos", J. Kentenich, 134

más grande y poderoso. Cristo se inclina ante un hombre, ante Juan, y recibe el sí de su Padre Dios: *“Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía:-«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto.»* Mateo 3, 13-17. Jesús se sumerge en las aguas del Jordán para darnos la vida; muere al mundo para nacer a la vida verdadera. Jesús recibe así el sí de Dios a su vida y recibe el amor más grande. Los Padres de la Iglesia siempre nos recuerdan que el sentido del bautismo de Jesús es doble: **dejarnos una fuente de limpieza y traernos la Salvación. Nos muestra el camino que tenemos que seguir.** Vamos a tratar de adentrarnos en el misterio de esta fiesta.

EL PRIMER PASO DEL SEÑOR: CRISTO SE SUMERGE EN LAS AGUAS DEL JORDÁN. La palabra Bautismo se deriva de la palabra griega *“baptizein”*, que significa lavar o sumergir. Sin embargo, nos pasa como a Juan, que no entendemos que Jesús tenga que pasar por el agua que purifica, porque Él está libre de pecado: *“En aquel tiempo, fue Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Pero Juan intentaba disuadirlo, diciéndole: «Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?»”*. Juan duda y teme bautizar a aquel a quien no es digno de desatarle las sandalias. Juan había pedido el arrepentimiento por los pecados cometidos a todo aquel que quisiera ser bautizado. El Bautismo de Juan era el comienzo de una vida nueva, para la cual era fundamental acabar con la vida anterior. Sin embargo, Jesús no conocía el pecado, no tenía que dejar ninguna vida pasada. ¿Qué sentido tenía entonces su bautismo? Jesús llevaba 30 años sumergido en el silencio de Nazaret. El Hijo de Dios permanecía oculto a los ojos de los hombres. El primer paso para comprender la epifanía de hoy se da cuando miramos a Jesús descender y sumergirse en el agua el Jordán. Se oculta a los ojos de los hombres aquel que ha estado oculto hasta ahora; quiere desaparecer bajo las aguas para mostrarnos el camino. Jesús muere a los ojos del mundo al sumergirse bajo las aguas. Juan se convierte en testigo de la humillación del hijo de Dios. La humillación de Cristo es el camino de vida que se nos presenta. **Morir al propio orgullo, a la propia vanidad, a los propios planes. Las aguas cubren la vida para darnos una nueva vida. ¿A qué tenemos que morir en nuestro corazón para que pueda vencer la vida de Cristo?**

El segundo paso: El Bautismo EN EL JORDÁN ABRE UNA FUENTE DE GRACIA PARA TODOS. Jesús logra que Juan acceda y le bautice en el Jordán. Dice Jesús: *“Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así toda justicia (todo lo que Dios quiere)»*. Entonces Juan se lo permitió”. Pero no es fácil de interpretar la respuesta de Jesús. Como dice **Benedicto XVI** importa el sentido que se le dé a la palabra justicia: *“En el mundo en que vive Jesús “Justicia” es la respuesta del hombre a la Torá, la aceptación plena de la voluntad de Dios”*⁸. Jesús le da un sí incondicional a la voluntad de Dios. Es expresión *“de solidaridad con los hombres, que se han hecho culpables, pero que tienden a la justicia”*⁹. Sin embargo, el sentido pleno del Bautismo de Jesús se manifestará en la cruz, en la que Cristo carga con todos nuestros pecados. De esta forma se interpreta su inmersión en el Jordán cargado con todas nuestras culpas. El Bautismo es su muerte por nosotros y su paso a la vida, a la Resurrección. Por el Bautismo de Jesús hemos sido salvados. El agua que toca a Jesús es el agua de nuestra salvación, pues nos ha de traer la vida. Su presencia en el agua santifica la vida. Desde ese momento todos tenemos una fuente de salvación. El agua del Bautismo nos renueva y nos da vida nueva. Es la gracia que nos colma en el Espíritu. Dice S. Agustín: *“El Salvador quiso bautizarse no para adquirir limpieza para sí, sino para dejarnos una fuente de limpieza. Desde el momento en que bajó Cristo a las aguas, el agua limpia los pecados de todos”*. Cristo convierte el agua en una fuente de vida para todos. Necesitamos experimentar tantas veces el perdón y la misericordia en nuestra vida, la fuente de la vida verdadera.

⁸ Benedicto XVI, “Jesús de Nazaret”, 39

⁹ Ibídem, 40

Nos sabemos frágiles y pecadores. Pero el pecado no debe alejarnos de Dios. El otro día leía: "El hombre percibe la vertiginosa distancia que lo separa del modelo y, avergonzado por su vulgaridad, abrumado, siente la necesidad de limpiar su corazón de la negrura que lo espesa"¹⁰. La experiencia de nuestra debilidad nos ha de acercar más al corazón de Dios, a las aguas que nos purifican. Son aguas que nos liberan del pecado que esclaviza. Así como Josué cruzó el Jordán para entrar en la tierra prometida (Jue 3,15ss), Jesús lo atraviesa para llevarnos a la vida. **¿Cuándo recurrimos a recibir esa agua que nos limpia y purifica?**

EL TERCER PASO: CRISTO RECIBE SU MISIÓN JUNTO AL JORDÁN. Isaías anticipa los rasgos del Mesías: "Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero". El rasgo esencial de Cristo es revelado hoy a todos los hombres: Dios lo ha elegido y lo ha amado, lo ha preferido sobre todo hombre. La predilección de Dios se manifiesta en la fuerza del Espíritu: "Sobre él he puesto mi espíritu". Cristo recibe el Espíritu en plenitud a través de Juan el Bautista. Dios usa los caminos que quiere y se sirve de nuestra indignidad de un hombre para manifestar su poder. Juan, el pequeño, el más indigno, es el instrumento de Dios para confirmar a Jesús en su misión. Una misión que tiene unos rasgos muy claros en las palabras de Isaías: "Para que traiga el derecho a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará, hasta implantar el derecho en la tierra, y sus leyes que esperan las islas. Para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas". Una misión inmensa en las manos de un hombre pobre, hecho de carne como nosotros, pero hijo de Dios. **Pedro** va a recordar cómo Jesús fue fiel a su misión: "Envío su palabra a los israelitas, anunciando la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos. Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él." *Hechos de los apóstoles 10, 34-38.* Su filiación divina lo llena de poder y lo capacita para la misión. En pocas palabras se resume: "Pasó haciendo el bien". La conciencia de ser hijo y el amor del Padre lo capacitan para el bien: "Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he cogido de la mano, te he formado, y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones." *Isaías 42, 1-7.* Dios lo ha formado y, en este día del Bautismo, deja caer sobre él todo su poder, su presencia y su amor. En este encuentro de intimidad con su Padre, en el amor del Padre, **Cristo se revela como el Hijo enviado a amar al mundo.**

El cuarto paso: El alimento de CRISTO ES HACER LA VOLUNTAD DEL PADRE. Es el camino que tenemos que recorrer y con el que concluye este tiempo de Navidad. La manifestación de Cristo en el Jordán es la manifestación del sentido de nuestra vida: **amar como Dios nos ha amado.** Lo único que vale es practicar la justicia, es decir, hacer la voluntad de Dios y amar como Él nos ama. Es la misión de nuestra vida que se irá concretando en la medida en que imitemos a Cristo. Como nos lo recuerda **S. Vicente de Paúl:** "Debemos imitar lo que Cristo hizo, cuidando de los pobres, consolándolos, ayudándolos y apoyándolos. Cristo quiso nacer pobre. Dios ama a los pobres y ama a los que aman a los pobres". El amor de Dios por nosotros se ha de manifestar en el amor que entreguemos a otros. Comenta **S. Agustín:** "Es verdad que no hemos llegado todavía hasta nuestro Señor, pero sí que tenemos con nosotros al prójimo. Ayuda, por tanto, a aquel con quien caminas, para que llegues hasta aquel con quien deseas quedarte para siempre". El amor al prójimo, al que está a nuestro lado, al más necesitado, debería ser el mensaje que nos llevemos grabado en el corazón al acabar la Navidad. Cristo ha cargado con nuestros pecados para que aprendamos a amar. Es necesario cargar con aquellos que Dios nos confía, con sus debilidades y pecados. **Hagamos como María, que llevaba todo en su corazón. Ella nos enseña a amar con humildad y sencillez, sin exigir nada, dándolo todo en cada momento.**

¹⁰ Javier Gomá Lanzón, Artículo "Ver a Dios", 24/12/2010